

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

SECRETO A VOCES

—Pícame la curiosidad, y ella es como ortiga punzadora é irritante por saber...

—Ya sabe vuesa merced que el deseo de saber es el principio de la sabiduría, el amor á ella; hácese vuesa merced filósofo de esta hecha; fué guerrero, penitente enamorado ó enamorado en penitencia, quiso ser pastor y hasta santo, y ahora se siente con aficiones de sabio. No crea vuesa merced que eso es un bien, antes júzgolo yo un mal, que el mucho saber es gran martirio.

—No que quiera hacerme sabio... fuera desdicha. Mi curiosidad se dirige á que deseo me digan qué tratos, amaños y conciertos se llevan en París los de la Comisión.

—Habitantes en las estrellas, dirección de los globos, interpretación de los gestos de Marte.—¡No dijo nada vuesa merced; pues ponga que quiere descubrir un misterio dogmático!... No se sabe... ni lo sabe D. Práxedes; en fin, con decir á vuesa merced, que ni el zoquete de Germán, siendo como es, el Sancho Panza de la cuadrilla, sabe cosa alguna... ¿Qué más, mi amo, qué más? Los mismos de la Comisión no lo saben.

—Eso es burlar, no contestar, Sancho.

—¡Ah! ¿Pero vino á mí vuesa merced para que yo le diera informes? Madre mía de mi alma y cómo está vuesa merced de ido, quiero decir...

—No digas, que para enojarme ya has hablado en demasía.

—Si se ha de enojar vuesa merced muérdome la lengua y no abro el pico; pero habrá de saber vuesa merced que no es necesario que nos digan los de la tal comisión qué es lo que hacen, porque ello no es difícil de adivinar; á poco tiempo que uno ponga la vista en lo alto y abata luego los ojos á lo bajo para inspirarse y para meditar, ó se muerta la yema del índice de la mano derecha, ó en fin, se rasque la oreja ó bien se rasque la barba, dará con ello.

—Entonces no será grande el misterio, Sancho.

—Grande es si uno espera que los de acá lo digan ó que los de allá se lo manifiesten. ¿Espera vuesa merced que mi ministro de Fomento, mi rucio quiero decir, le declare á vuesa merced qué es lo que él piensa hacer? Mas no le será á vuesa merced difícil adivinarlo; saldrá mi rucio con un par de decretos de reforma de Instrucción pública ó cosa tal.

Pues así, y no de otro modo, podemos saber las quisicosas que hayan hecho, hagan ó intenten hacer los de la Comisión. Ello es secreto á voces. ¿Vió vuesa merced que en esa Comisión haya ido un Torres Campos, un F. de Paula Arriyaga, un Gonzalo Reparaz, geógrafos todos muy respetables? No padre. ¿Oree vuesa merced que Montero Ríos y compañeros tienen ni aun las más leves nociones de geografía elemental? Ni jota, señor.

—Grande mal será si, así como dices, sucede... porque es la geografía gran maestra de la política de los pueblos...

—Como no siendo sastre no es fácil cortar una capa. Dígame, pues, que el secreto de la Comisión es un secreto á voces, es como las cañas que revelaron al mundo que S. M. el Rey Midas tenía orejas de burro... ¡Verdad

que á todo el mundo podía ver con sólo fijar sus ojos en el orejudo monarca. Lo que ciertamente pareceme á mí que ha de llamar la atención á las naciones, lo que ha de causar asombro á los doctos políticos de la tierra, es la nueva política inaugurada por Mateo, la política del misterio. ¿No lo entiende así vuesa merced?

—Como no te expliques con claridad...

—Pues fíjese vuesa merced. ¿No oye vuesa merced y viene oyendo desde hace mucho tiempo que el país está dormido?

—Bien que lo oigo... y aun creo que no falta razón á los que lo dicen, pues á no estar dormido el pueblo...

—Basta. ¡Recuerde vuesa merced que hay censura! Pues bien, como el país, la nación, el pueblo, España, en fin, llámese vuesa merced como le plazca, está dormido... D. Práxedes... habla en voz baja, lo hace todo misteriosamente... para que el país no se despierte y ni el ruido del rasgueo de las plumas y el del rodaje de las máquinas de imprenta son permitidos.

Bien recordará vuesa merced al poeta pastoril:

Ya Filis se me ha dormido,
callen la noche y el día,
no haya rumor, no haya ruido.
Ni en el prado ni en la umbría,
callad las aves sonoras.
Pare arroyo su corriente,
y de las aves sonoras
cese el ondular riente.
Filis duerme, todo calle.
Reine un silencio profundo
en el monte y en el valle
¡que duerma también el mun-lo!

Más, pienso que cuando se vea, si se llegare á ver que cargamos con la deuda de Cuba, es decir, que pagamos el pato, que... nos quedamos sin bollo después de haber llevado el coscorrón, podrá terminar la égloga del pastor Práxedes como la antigua citada:

Y ahora mi voz os a lvierta
que es el sueño semejanza
pasajera de la muerte,
y es como ella esperanza.
Despertar es renacer...
llegar es á mejor vida...
Y cuando Filis querida
despierte... habrá placer,
pues al cesar de dormir
todo cante y alborote;
que entonces será *el reir*
con bullicio y extrambote.

¡Ay mi niño Práxedes, partorcico viejo...!

VERDADES AMARGAS

Cinco lustros de predecir el desastre ¿no nos daban derecho á los republicanos para esperar que, el día en que el desastre llegara confirmaran lo nuestros tristes vaticinios, sería inmensa, incontestable nuestra autoridad ante el país y la opinión?

Un cuarto de siglo de campaña crítica, de protesta, de advertencia, de requerimiento y de censura ¿no permitía suponer que, cuando los vicios censurados diesen sus amargos frutos, la nación entera había de poner su esperanza en los severos é implacables censores?

Veinticinco años de firmeza y consecuencia inquebrantables, á prueba de tentaciones, de amarguras, de desengaños; veinticinco años de lucha incesante, no sólo lejos del poder, más aún, desheredados de la común legalidad, aquí donde los partidos gimen á los seis meses de oposición, al año amenazan y á los dos años se disuelven, ¿no habian de hacernos presumir que en la hora en que la patria angustiada buscara para su regeneración hombres puros, probos, íntegros, incorruptibles, sería á nosotros los republicanos á quien volviese los ojos?

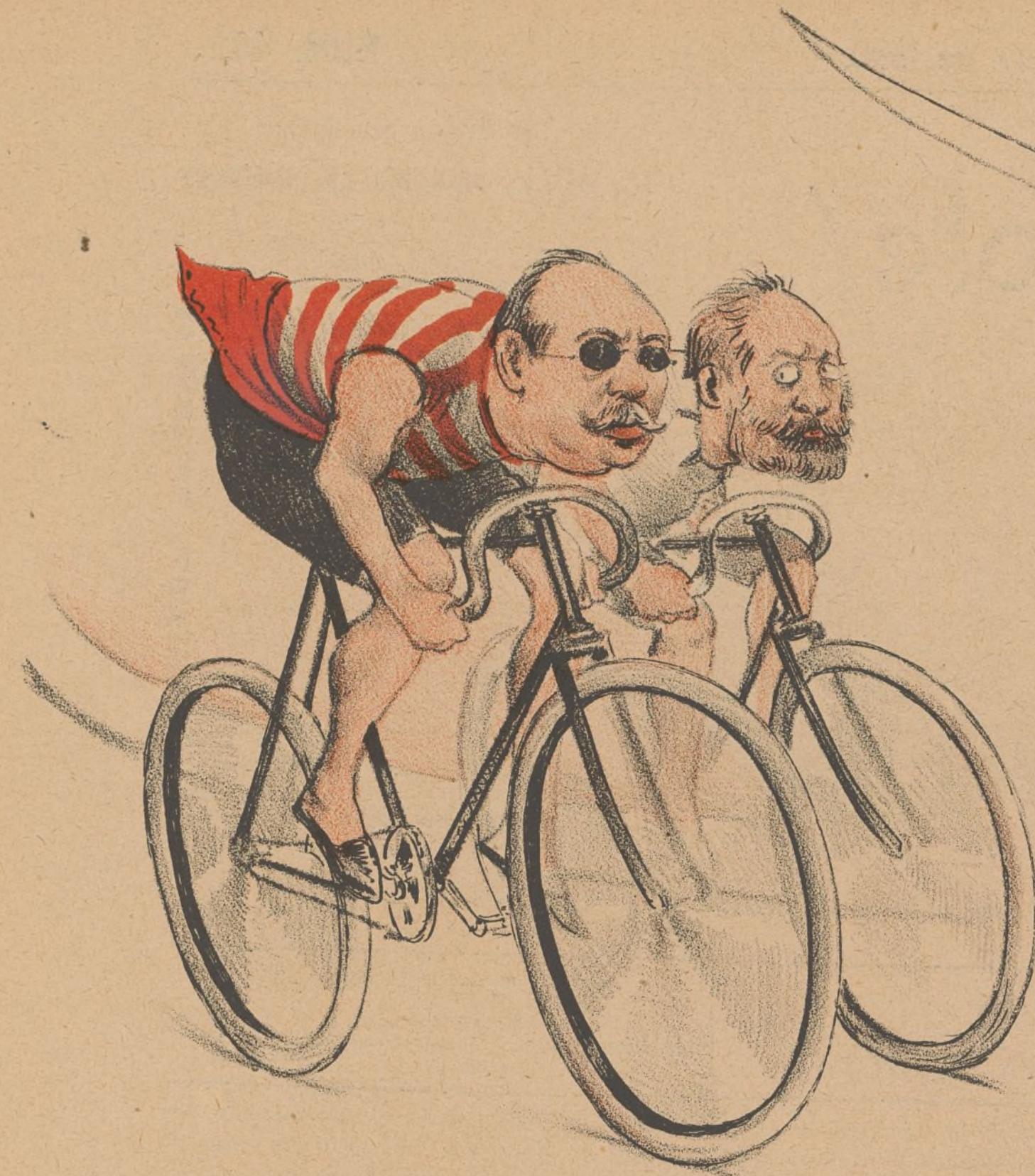
El desastre ha llegado, los funebres vaticinios se han cumplido, la catástrofe ha excedido inmensamente á las previsiones del más negro pesimismo, los vicios por nosotros censurados, los errores por nosotros advertidos han producido sus naturales efectos; la sociedad española siente la necesidad de regenerarse y busca quien la regenere. ¿Se ha hecho incontestable nuestra autoridad? ¿Se nos ha rendido la opinión? ¿Ha vuelto á nosotros sus ojos la patria angustiada? ¿Tiene España puesta en nosotros su esperanza? ¿Son nuestras soluciones las soluciones de libertad, de justicia, de porvenir, de civilización, aquellas de que el país aguarda la gran palingenesis nacional con que todos sueñan?

Muy desacertarla, muy torpe ha debido de ser nuestra conducta para dar á la postre por resultado tamaña decepción. Cuanto más nuestras ideas son fecundas y salvadoras, tanto han sido mayores los desaciertos que las han tornado, en el momento decisivo, impotentes y estériles. La excelencia de nuestros principios es la mejor prueba de extravío de nuestras acciones.

No se da impunemente á la opinión el espectáculo que los republicanos le estamos dando desde hace veinticinco años. El país nos ha visto en todo tiempo fieles, consecuentes, inquebrantables en la convicción, pero nos ha visto también divididos por querellas, rencores, rencillas, ambiciones, rivalidades, miserias; alistados en pequeños partidillos separados entre sí por distinciones bitanizadas; cerrados los programas en un dogmatismo estrecho y mezquino; aferrados á los moldes de la política vieja, ceñidos á la discusión de un *tiquis miquis* constitucional é incapaces de refrescar esos arcaísmos con ideas nuevas y fecundas; devotos como los que más del personalismo y propensos á la idolatría; empedernidos unos en la superstición de una fórmula, desmedidos los otros en la transacción, olvidando el fin por los medios; aquí, halagando al ejército con intención demasiado transparente; allá, haciendo equilibrios entre el pueblo y la burguesía, olvidados de que está escrito que no cabe servir á la vez á dos señores; tan pronto encerrados en un retraimiento estéril como tomando parte en una lucha legal cominera y sin horizontes, desprovistos por entero del sentido, del tacto político que permite apreciar intuitivamente en cada punto las exigencias de la ocasión; jactanciosos en la amenaza y en el parlamento sumisos; destituidos del don supremo de expresar y transmitir el entusiasmo; impotentes para realizar en nuestro propio cuerpo la selección moralizadora de que ha sido Silvela apóstol falso y descreído.

En eso, en destruirnos recíprocamente y agitarnos en el vacío, hemos empleado los republicanos un cuarto de siglo. El tiempo que tarda en formarse una generación ha sido por nosotros destinado á tan funesta la-

DON QUIJOTE



Campeonato político.



El orden continúa inalterable en la obscuridad.



Por la calle tiro piedras,
y al que le dé que perdona.
¡Tengo loca la cabeza
con tantas cavilaciones!



PROGRAMA DE D. CARLOS

Resolviendo asuntos de Estado.



La nueva enfermedad del presidente.

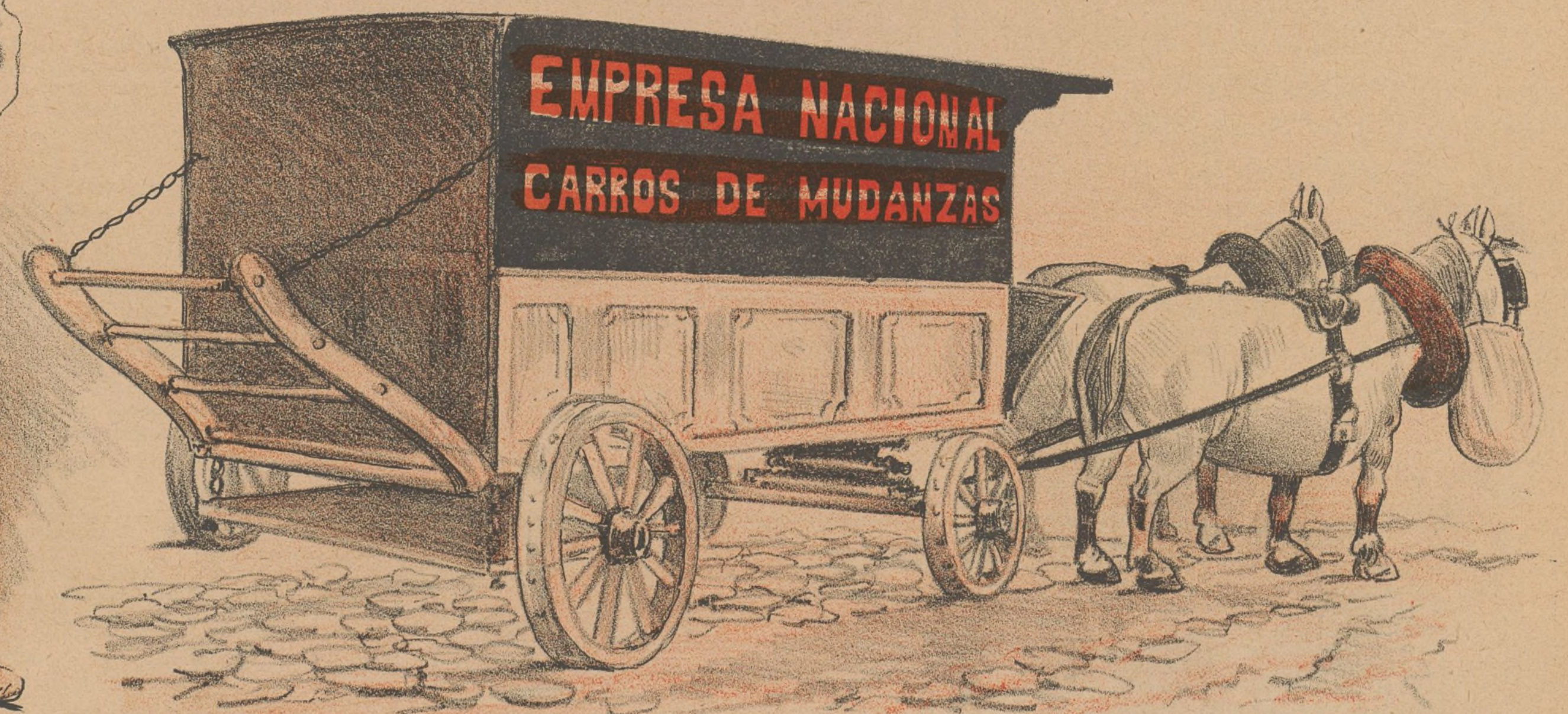
Lit. de la Viuda de M. Benito, Jesús del Valle, 22



¡Adiós, Thiers!



¡Buena castaña!



Esperando órdenes.

Ayuntamiento de Madrid

bor. ¡Qué de esfuerzos perdidos! ¡Qué de energías disipadas! ¡Qué de sacrificios estériles! ¡Qué de talento y qué de virtudes consumidos inultamente! Consagradas a una labor cualquiera, la más modesta, la más ínfima, esas fuerzas desvanecidas habrían dado a estas horas resultados estimables. Nosotros hemos preferido emplearlas en dificultar hasta lo imposible el logro de nuestro ideal. El espíritu radical, expansivo, civilizador, único que puede salvar y redimir a España acaso fracase y se extinga del todo por obra nuestra.

Y esta sí que es para nosotros responsabilidad tremenda. Podemos hoy rechazar toda imputación de culpa en las desgracias que afligen a la patria. Ninguna participación nos cabe en la gran tragedia cuyo terrible desenlace presenciarnos. Ni las guerras coloniales ni la guerra extranjera han sido labor de nuestras manos ni fruto de nuestros principios. Aplicadas a tiempo nuestras soluciones hubieran evitado unas y otra. Pero si España caída no se levanta y postrada no se recupera; si los hombres que al presente estado la trajeron acaban de consumir su ruina; si busca en vano su regeneración en dictadores de pasta flora y Césares de pacotilla; si, desesperando de sí misma, llega a sepultarse acaso un día en el poder absoluto como en la tumba de su pasado, nadie sino los republicanos seremos los culpables de ese suicidio nacional. Su desaparición será el efecto de nuestra impotencia. Otros la habrán reducido a la aflicción; nosotros la abandonamos en ella. Otros la habrán hecho perder sus colonias, sus hijos, su pan: nosotros la arrebataremos la esperanza. Otros habrán arrojado a la patria en el pantano: nosotros ¡desgraciados! nos hemos amputado el brazo que había de salvarla.

ALFREDO CALDERÓN.

EX ABUNDANTIA CORDIS

Envuelto en un batín de rica seda,
el opulento don...
(el nombre no hace al caso) lee tranquilo
El Diario Español.

Don... (no quiero nombrarle) es un banquero
formal como no hay dos,
muy obeso, muy grave, muy católico
y muy conservador.

Después de haber echado una ojeada
por la cotización,
saborea las tristes aventuras
de un ratero precoz.

Lee una noticia y la comenta luego...
Prestémosle atención,
pues tiene la costumbre, estando a solas,
de hablar en alta voz:

«El celeste inspector de vigilancia
don M. N. O.
detuvo esta mañana a un muchachuelo
aprendiz de ladrón.

»Se fugó el tal de casa de sus padres
sin decirles adiós,
y se vino a Madrid solo y descalzo...»
—¡Caramba, como yo!

«Tendría doce años, y un tendero,
movido a compasión,
le dió hospitalidad, abrigo y mesa.»
—¡Si es mi historia, gran Dios!

El chico era una alhaja, todo un genio
detrás del mostrador;
díl gente, sumiso, fiel y sobrio...»
¡Como yo, como yo!

«Su honrado protector, hombre excelente
y de buen corazón,
concluyó por amarle como a un hijo.»
—¡Como mi protector!

«Pero al volver anoche el buen tendero
de una breve excursión,
ni halló al joven en casa, ni en la casa
objeto de valor.

»El ladrón fué su propio protegido.
El criminal precoz,
cogido con su presa, está al presente
donde no le da el sol.»

—¡Bahl!—concluye el banquero—¡Botaratel!
¡Chiquillo más simplón!
A mí no me cogieron... ¡No son todos
tan listos como yo!

Cómo se hacen los personajes.

Un mozo listo, lleno de facundia y desparramo, se agarra al faldón de un personaje. Con o sin contrato matrimonial, logra pescar un acta. En el Parlamento esgrime la sin hueso. Se acredita entre sus compinches de travieso y desenfadado. Forma parte de comisiones, presta servicios al partido. Cultiva el distrito, importuna en las oficinas, da destinos, se hace gran cacique. Se erige en rey de taifas, tiene clientes, forma mesnada. Impone temor y recelo al jefe de la agrupación. Es de rigor que falte a sus compromisos, quebrante sus promesas, cambie de casaca y haga traición a la fe jurada. A ser posible, debe empezar, como Ibraime Clarete, por saludar a la virgen democracia y

después hacerse neo. Llegó, en fin, a ministro y hétele personaje. Ya no depende de nadie, y de él depende todo. Mediante esas pruebas de rectitud, de capacidad, de valor, de abnegación, de patriotismo, el Estado le confiere sobre el destino de todos el mero y mixto imperio.

CON TODOS LOS HONORES

«Ya lo dijimos oportunamente; no puede ni debe tolerarse que tropas que no han sido derrotadas, salgan de Cuba vestidas de paisano, sin armas, en silencio; ni los americanos exigirán esto, ni España, aunque lo exigieran, debe tolerarlo, si quiere conservar el escaso prestigio que la queda.

El general Blanco, que hace tiempo telegrafió al Gobierno emitiendo su opinión acerca de dicho asunto en la misma forma que ahora lo hacemos, el marqués de Peña Plata—decimos—al negar su asentimiento para que los soldados de Cuba salieran disfrazados de aquella Antilla; al proceder así se ha identificado en absoluto con las aspiraciones de aquel Ejército.»

(*La Correspondencia Militar.*)

LOS GASTOS DE LA GUERRA

«Según las noticias de nuestro estimado colega *La Correspondencia*, con referencia a cálculos hechos en uno de los últimos Consejos de ministros, lo gastado en las guerras coloniales y con los Estados Unidos pasa de tres mil millones de pesetas.

Y según nuestras noticias, también.
Pasa de tres mil millones, y de tres mil setecientos. Algún ministro hace el cálculo de *quince mil millones de reales.*»

(*El Liberal.*)

PARA MEJOR OCASIÓN

He aquí los títulos—los títulos solamente!—de algunos de los artículos que escribiríamos si nos lo permitiesen las... circunstancias:

¡Tararil! ¡Tararil!

¿Por qué no habla Castelar?

Dinero para Londres.

El muelle de Baiquiri.

Carta al general Weyler.

El miedo de Sagasta.

Nuestros comisionados en París. (Escenas íntimas.)

Cómo vienen los repatriados.

Los cerdos de aquí y los cerdos de allá.

Doña Virtudes.

Etcétera etcétera.

MAS OPINIONES

Algunos periódicos se encargan de dar a conocer las opiniones de los políticos, muchos de los cuales, además de o vacío de su entendimiento, demuestran que es tiempo perdido el que se emplea en consultarles.

Creyendo más útil y de mayor finalidad reflejar el pensamiento de la masa anónima que se encarga de pagar los vidrios que otros rompen, hemos celebrado diferentes consultas con los respetables individuos que se citan a continuación:

El comerciante.

¡Valientes negocios pueden realizarse en un país esquilado y en el que mucha gente no puede mudarse de camisa!

Conviene a las naciones que impere la paz absoluta para el fomento y desarrollo de la producción; pero aquí no se ha conocido que veintitantos años de tranquilidad nacional sirvieran para nada.

Hay necesidad de ahorrar hasta las palabras.

Se desean renovaciones completas y no simples cambios de postura.

¿Entiendes, Fabio?

El obrero.

A pesar del gran consumo de carne de pobre que han hecho las guerras, continúa habiendo un ejército de trabajadores parados, cuya miseria se explota, sirviendo su sangre para dar grasa al imperfecto mecanismo social.

El pueblo aspira a transformaciones radicales.

Es prudente no decir más.

El industrial.

No hay negocio más formal

que el cultivo del cupón.

¡La industria, el trabajo, etcétera!...

¡Valiente equivocación!

El clero bajo.

Los palacios de las dignidades de la iglesia son focos de corrupción.

Si Jesucristo resucitara desistiría de empuñar el látigo para arrojar del templo de Dios a los mercaderes.

Ocupan tan buenas posiciones y son tan numerosos, que habría que cazarlos a cañonazos.

El «Guerra».

Además de los doce millones reunidos en pocos años sin otra incomodidad física ni intelectual que despachar toros, figuro entre los principales personajes de la historia contemporánea.

Verdaderamente tengo motivos para decir que este es un excelente país.

EXIGENCIAS DEL CARGO⁽¹⁾

No es el talento el único factor importante para llegar a la altura. Unos consiguen brillar por sus dotes intelectuales, otros por su belleza física y otros por su ropa.

Conozco a un caballero que ha llegado a ser director general en este país sólo porque tenía un lunar de pelo junto a la mejilla derecha. Vióselo un ministro y se estremeció profundamente.

—¡Qué lunar!—dijo abriendo los ojos con delicia.

—Está a la disposición de V.—contestó el dueño de la «prenda».

El burócrata lanzó un suspiro que era todo un poema de amor. Aquel lunar despertaba en su mente el recuerdo de una mujer encantadora a quien había amado con locura. Ella también tenía un lunar de pelo en la mejilla derecha... Ocho días después el caballero en cuestión había sido nombrado director general.

El encumbramiento de algunas personas obedece, en la mayor parte de los casos, a circunstancias originalísimas; pero la elegancia suele ser una de las más recomendables.

En cierta ocasión González Brabo quiso nombrar jefe político de una provincia a cierto sujeto que había prestado grandes servicios a la causa del orden y le llamó a su despacho para comunicarle la grata noticia; pero no hizo más que verle y frunció el ceño.

—Se me ha dicho que trata V. de nombrarme gobernador—dijo el recién llegado.

—Eso pensaba—contestó el ministro;—pero veo que no es posible.

—¿Por qué?—replicó el pretendiente.

—Porque «no tiene usted ropa» para gobernador.

Lo primero que se necesita en este mundo es tener buena ropa, aunque no paguemos al sastre. Un buen gabán suele ser la mejor carta de recomendación para conseguir un acta. Un sombrero flamante y unas botas relucientes pueden abrir las puertas de la nómina mejor que todos los títulos del mundo.

Ningún ministro nombraría subsecretario a un sujeto que llevase torcidos los tacones, y ya ha ocurrido el caso de un presidente del Consejo que se encaró con un ministro para decirle:

—O prescinda usted de esa levita, que parece la funda de un violín, o presenta usted la dimisión inmediatamente.

Por todo esto, sin duda, viene observándose en los diputados cierta tendencia a la elegancia, y la mayor parte de los elegidos recientemente usan una ropa de primer orden. Aun ayer llegó D. Adriano, procedente de su pueblo, y lo primero que hizo fué comprarse en la calle de la Cruz un terno de doce duros, azul municipal, con botones de pasta figurando cabezas de perro.

—Hay que vestir bien—me dijo,—porque tiene uno que alternar con mucha gente gorda. Yo tenía una buena levita, pero no la he querido traer por si ya no se estilaba, y se la he dejado a un sobrino, que es secretario del comité. Ahora voy a ver si me compro un frac, aunque sea de lance. Ya he visto uno que fué de un diputado romerista y lo dan barat porque tiene unas manchas de chocolate en la solapa.

D. Adriano se presentará en las sesiones con todo el lujo que exige su elevada posición. Entre otras prendas de mérito trae una corbata verde con pintas, regalo de su esposa, que ha de producir verdadera sensación en el Congreso.

Lo primero que le dijo el gobernador al entregarle el acta fué lo siguiente:

—D. Adriano: excuso decirle que en Madrid hay que andar bien vestido. Yo le aconsejo a usted que se afeite las patillas, porque le hacen la cara muy ordinaria; más que patillas parecen dos ruedos.

—Bueno, pues me afeitaré. ¿Y qué me dejo?

—Déjese usted el bigote solo, y que le ricen las guías a la borgoñona, que es lo que usan casi todos los fusionistas del ramo de cereales.

—Corriente

—Haga usted que le pongan botones en los calzoncillos, porque siempre se le van cayendo a usted las cintas, y no está bien que se presente así en el Congreso. A lo mejor tendrá usted que atravesar el hemicycle, y sería una vergüenza que se viera usted pisando las cintas. ¡Ah! Y comprese usted un buen batón, para llevarlo a las sesiones.

—Vamos, sí, por si se arma bronca.

—No, señor, para tenerlo en la mano y jugarle a los dados.

—Diga usted: ¿parecería mal si me presentara en la sesión con estos zapatos?

—¡Ya lo creo! ¿A quién se le ocurre usar zapatos de rusel?

—Es que tengo un callo.

—No importa; algún sacrificio ha de hacer usted por la política.

El pobre D. Adriano ha tenido que comprarse unos botitos de charol, que le hacen ver las estrellas, y de cuando en cuando entra en un portal y dice a la portera con lágrimas en los ojos:

—Con el permiso de usted voy a quitarme las botas y a descansar un ratito.

—¿Por qué lleva usted ese calza tan estrecho?—le pregunta la portera.

Y responde D. Adriano:

—Porque no tengo otro remedio. ¿No ve usted que soy diputado y necesito vestirme con el mayor decoro?

LUIS TABOADA.

(1) Del libro *Tipos conocidos*.